

PRÓLOGO

*Costa de Argentina
Jueves, 5 de marzo de 2009*

Contempló el mar en calma tras la popa de *Le Boucaniery* con un suave movimiento giró la caña hasta situar el yate paralelo a la costa. La corriente cálida de Brasil se desplazaba con menor intensidad que en otras ocasiones y las aguas litorales del Atlántico sur se habían convertido en un espejo.

El verano austral llegaba ya a su término, y la luz del atardecer se agotaba con celeridad impregnando de tonos rojizos la línea del horizonte. Por la banda de estribor aún se distinguía en la distancia el puerto de Pinamar, que se alejaba a cámara lenta y exhibía las primeras luces de la bocana.

La soledad desguarnecida del mar crecía a cada milla de distancia de la costa. A esas alturas de la vida ya no quedaban muchas situaciones que le otorgaran sensaciones de libertad similares. Guillermo Lavinia peinó su cabello plateado con las manos y redujo la velocidad del yate. Los poderosos motores enmudecieron, aliviando el vaivén de las olas sobre el casco y el susurro de la brisa apagada. Encendió con esfuerzo su enésimo cigarrillo con su mechero plateado, escaso de gasolina, y se enfundó su casaca para protegerse de la humedad que calaba sus gastados huesos. En el interior del camarote principal, Anne terminaba de peinar a la pequeña. Cepillaba su cabe-

llo con dulzura, desde la frente hasta las puntas, con movimientos lentos y suaves. Mientras, Angélica contemplaba divertida su rostro en el espejo. El sol y la brisa del mar habían tiznado de rosa pálido su piel. Acarició sus mejillas. Sus ojos brillantes miraron a su madre. Anne le devolvió la mirada con toda la ternura que puede sentir un ser humano.

—¿Puedo salir un rato con papá?

—Ahora no, debes acostarte. Él vendrá a darte un beso de buenas noches cuando estés en la cama. Además, es tarde. Los delfines ya se han ido a dormir. Tendrás que despertarte temprano si quieres jugar mañana con ellos...

Guillermo Lavinia se sirvió un Southern Comfort doble en un tazón de café.

Seis horas de travesía, estimó, cinco y media si las corrientes se mantenían.

Las cartas de navegación no observaban ningún motivo especial de alerta que le relevase de disfrutar de la mera contemplación del paisaje y de los contados delfines que saltaban atraídos por el casco. La caprichosa topografía de la costa hacía rebotar más al sur, en el cabo Corrientes, las frías aguas procedentes de la Antártida que circulaban a lo largo del litoral argentino, y preservaba la calidez y la calma del Atlántico en la región.

Sin duda había sido una buena idea pasar los últimos días del verano con Anne y la pequeña. No era precisamente ajeno al hecho de que su relación no levantaba cabeza desde hacía ya mucho tiempo, casi toda una vida. Solo los cuatro o cinco primeros años fueron plenos de felicidad. La muerte de Pierre, su primogénito, marchitó casi todas las ilusiones. Su enfermiza entrega al Ejército y los años dedicados a amasar su fortuna hicieron el resto. El amor se había desvanecido con cada llamada de teléfono desde miles de kilómetros de distancia, con cada noche fuera de casa. Anne lo sufrió en soledad, y fue extinguiendo año tras año sus sonrisas espontáneas, alejando lentamente la pasión que les unió durante los veranos de adolescencia. Ni siquiera el nacimiento de la pequeña Angélica consiguió devolver la efervescencia inicial. Pero, sobre todas las cosas, ella seguía siendo su compañera, y así lo había sido en cada momento y en cada

escenario que la vida les había brindado. Probablemente su amor por ella, tan arraigado en su interior, era ahora mayor que nunca, y al fin había comprendido que su sola existencia daba sentido a su vida.

Anne subió al puente. Todavía conservaba una figura envidiable. Dedicó una sonrisa de complicidad a su marido, le rodeó la cintura con sus brazos y apoyó la cabeza en su cuello.

—La niña ya se ha dormido.

—Ahora bajo a darle un beso —respondió, mirándole a los ojos con dulzura—. Esta noche va a ser tranquila —auguró Guillermo encendiendo los focos de proa.

La brisa se hizo más fría cuando el sol desapareció por completo del firmamento.

—Creo que hemos olvidado una de las cajas de agua —dijo Anne después de mojarse los labios en el tazón de *bourbon*—. La he buscado en el almacén y en la despensa, y no aparece por ningún sitio.

—Mira al lado de los generadores de emergencia; quizá esté allí. Los nuevos operarios del muelle son más incompetentes que el viejo Néstor. Han puesto todo patas arriba en la revisión, la trampilla del motor está medio atrancada... Un desastre —se quejó Guillermo mientras comprobaba la carta náutica.

Ambos permanecieron en silencio, absorbidos por la soledad del océano.

Las estrellas comenzaron a desplegar su brillo más intenso, remarcado por el contraste de la oscuridad. Eran más numerosas que en ninguna otra ocasión, como si la intimidad del momento les hubiera hecho perder la timidez.

—Te quiero —susurró Anne con una voz casi imperceptible.

—Yo también...

A las 22.30 horas, un extraño pitido intermitente llamó la atención de Guillermo. Hacía poco que Anne se había acostado. Tuvo la sensación de que procedía del motor. Activó el piloto automático y descendió por las escalerillas.

Apenas tres escalones...

La luz de la explosión iluminó toda la costa y convirtió el cielo en una enorme bola de fuego. El estruendo acalló durante unos segundos el silbido de la brisa, como si se resquebrajara el mundo en dos. El eco reverberó con violencia a lo largo de todo el litoral. En un instante, las ocho toneladas repartidas en los catorce metros de eslora de *Le Boucanier* se volatilizaron igual que el papel de fumar en un horno crematorio y se desintegraron los cuerpos de los tripulantes, que quedaron esparcidos por toda el área, entre restos de hierro y de los contados materiales que resistieron a la deflagración.

Poco después, la oscuridad inundó aquella franja de mar y el silencio se adueñó del lugar, como si nada hubiera pasado.

Solo las estrellas que cubrían el cielo eran testigos de que tan solo unos segundos antes, un barco surcaba el mar con una familia habitando sus entrañas.

El joven americano despertó después del mediodía.

La claridad se filtraba a través de las destartalladas persianas del hostel. Los gritos de unos muchachos que corrían por los suburbios de Mar del Plata terminaron por devolverle al mundo de los vivos. Estaba empapado en sudor. Contempló en estado de duermevela las paredes de aquella cochambrosa habitación.

El efecto de las drogas aún aplastaba su cerebro, que se resistía a ubicarle en un lugar concreto del planeta. Miró a su alrededor. Encima de la otra cama había papeles esparcidos y ropa sucia amontonada.

Su memoria se fue activando, pausadamente.

Una angustia incontrolable le recorrió de arriba abajo. Buscó sus pastillas en la mesilla de noche.

Cerró los ojos y recogió su cuerpo en posición fetal.

CAPÍTULO I

Cabo de Gata, Almería (España)

Viernes, 13 de agosto de 2010

Cuatro horas y media. Puede que cinco, si el interminable trasiego de camiones polvorientos continuaba ralentizando el tráfico. El accidente en la autovía A92 había bloqueado los accesos y dejaba la vieja carretera de la costa como única alternativa de regreso. El flujo de vehículos se inyectaba a borbotones desde las ciudades y pueblos colindantes, y multiplicaba a cada segundo la densidad de la caravana de vehículos, hasta transformarla en un espeso engrudo metálico de desplazamiento lento y pesado.

«Maldito día. No podía ser otro», pensó.

Hacía ya semanas que paladeaba por anticipado el sabor de sus inminentes días de descanso y rebañaba en cada pensamiento la frescura de las eternas aguas de Capri acariciando sus pies; sin embargo, el fin de temporada le dedicaba con la sonrisa torcida una despedida inadecuada.

Adrian Seaten observó de nuevo el colosal atasco a través del parabrisas.

«Viernes del diablo».

La rotundidad del mes de agosto alzaba la luz del sol bien por encima del horizonte incluso pasada la media tarde y el M6 era un auténtico horno. Se aflojó la corbata y separó, con la mano y un suspiro, la camisa húmeda de la piel de su espalda, quemada del sol de Fuerteventura de hacía unos días. «Putos asientos

de piel... Lo mejor para el fuego abrasador del Mediterráneo europeo más árido. Me gusta esa idea para la próxima campaña; hundiría las ventas», pensó con ironía. Sonrió y encendió el aire acondicionado. El potente chorro de aire frío golpeó la nariz de Laura, que extinguió dos veces su estornudo con el puño, mientras miraba de reojo a Adrian con timidez y respeto.

«Es hora de irse de este desierto...».

—¿Te molesta el aire?

—No, no... para nada.

La Nacional 340 bordeaba el Mediterráneo con sus mil kilómetros de asfalto, desde Barcelona a San Fernando, en Cádiz, donde marcaba su kilómetro cero. En su trazado más meridional cruzaba Andalucía paralela a la costa, recorriendo playas, ciudades, cementerios y calas. Adrian profesaba auténtica devoción por aquel lugar del mundo, por sus gentes y la sorprendente levedad que destilaban para metabolizar la vida. Tan lejos de su hábitat. Su denso tránsito olía a sal y pesca, a protector solar barato, a calor de caldera capaz de derretir cualquier cosa, salvo las ilusiones. Esas ilusiones del sur leves y sin pretensiones. Ilusiones llanas, de medio recorrido. El otro medio viene ya saciado al respirar la brisa del mar y marcado a fuego al saborear el rigor del sol desde el primer llanto.

El incipiente ajeteo vacacional añadía bullicio a la arteria meridional, y retraso a los viajeros. La N340 solo se desdoblaba en algunos tramos, coincidiendo con la inconclusa A7. El colapso estaba asegurado. «El secreto está en aguantar. La paciencia es la clave del éxito, la templanza, su llave». Pensó que con esa idea y nueve fases para desarrollarla se podía confeccionar un libro de autoayuda.

Menos mal que el rodaje había salido bien finalmente, después de incontables repeticiones, gritos y blasfemias. Estaba agotado. Ocho horas bajo el sol del cabo de Gata aguantando a los ineptos niñatos de la agencia. «Jodidos inútiles». Si dedicaran menos tiempo a adornarse con esos *piercings* horribles y a despeinarse los pelos de erizo veteados con mechas, y más a trabajar duro y cultivar un mínimo de autoexigencia y ambición, todo sería más fácil. ¡Menudos compañeros de genera-

ción! No era tan difícil tener su puesto y levantarse trescientos cincuenta mil al año. O quizá sí lo era. Bien mirado, para estar entre los elegidos, estos deben ser pocos, por no decir escasos; si no, ¿dónde estaría la gracia?

Colocó el retrovisor delantero a la altura adecuada y aprovechó para mirarse en él con disimulado descuido. Su mirada castaña seguía intacta. La protegió con sus Serengeti Corsa de cristales Strata 400 polarizados, sus favoritas. No era un modelo común de gafas, como ocurriría con todos sus complementos. La universalización mata el deseo. Lo compartido por muchos pierde su encanto.

Con el paso de los minutos, la temperatura del habitáculo se estabilizó en veintidós grados y el interior del BMW se convirtió al fin en un espacio confortable. El suave tacto del cuero de los asientos y el contraste del silencio del motor con las primeras notas de las variaciones Goldberg —versión de Glenn Gould, naturalmente— le aliviaron sobremanera.

Laura vestía de negro, a juego con su cabello y con sus ojos. Larga y delgada de tipo, su cara poseía cierta gracia oriental, y sus labios gruesos se apretaban para abortar cualquier sonrisa que pudiera desvelar la original punta rota de su colmillo izquierdo. Se sentía un poco nerviosa; peor aún, era perfectamente consciente de que su nerviosismo se reflejaba en su rostro como un libro abierto. A pesar de su juventud no solía sentirse intimidada por nada. Pero aquel viaje era algo muy diferente. No todos los días se acompaña al gran jefe en su coche particular. Las vacaciones de Ferri (el director creativo) y el torpe esguince de Flavio (el director de *marketing*) la habían colocado como su acompañante accidental en este proyecto.

Adrian observó de reojo sus pechos amplios, redondos y compactos, que tensaban la camiseta DG con ribetes dorados, y la imaginó el día anterior probándose ropa: una camisa, un pantalón; demasiado arreglado, demasiado informal... Ella miraba al frente, fijaba sus ojos en la carretera, sin poder disimular cierta incomodidad que la situación no merecía. Adrian sabía muy bien las sensaciones que despertaba en su «ejército», que pasaban del respeto y la admiración al odio más absoluto con

solo atravesar una delgada línea. Exploraba en silencio miradas, reacciones, miedos, y cada vez lo encontraba renovadamente divertido.

La voz de Jill, su secretaria personal, hizo callar de cuajo el solemne sonido del piano que resonaba a través de los trece altavoces y dos *subwoofers* repartidos por todo el vehículo. Adrian dibujó una mueca de desagrado. El sonido era tan rico en matices, tan afilado, que hacía estremecer las almas. Sin duda había sido un acierto ampliar la opción de audio al máximo con el Logic 7. La majestuosa cabina del BMW M6, con su perfecto aislamiento del exterior, definía la atmósfera perfecta para disfrutar de la sensación única del sonido real. El *woofer* resaltó con estridencia la voz de su asistente.

—Buenas tardes, Adrian. ¿Cómo va todo? Te he llamado varias veces. He contactado con información de tráfico. La autovía 92 está cortada, ha habido un accidente... He sacado información sobre vías alternativas...

—No te preocupes, Jill, ya es tarde. ¿Alguna llamada de interés?

—Déjame ver... Te llamó a primera hora Jean-Luc Lavar, de Del Com, para...

—Te he dicho de interés...

—También ha telefoneado una tal Silvie Prevot, de la Interpol. Quería hablar contigo, pero no ha querido dar más datos. Le he dicho que estabas de viaje...

Adrian se quedó pensativo unos segundos.

—Muy bien, vete ya a casa si quieres. Al ritmo que va esto, a mí me queda un mundo; ya nos vemos el lunes. Buen fin de semana, Jill.

—Llámame para lo que necesites, estaré...

—Buen fin de semana, Jill. Adiós...

El monumental atasco encadenaba con grilletes la fila de vehículos, martilleados con violencia por el mazo solar. El progreso de los coches por los dos carriles discurría de manera aleatoria; por momentos avanzaba una fila, luego otra, pero todo se ordenaba mecánicamente al cabo de los minutos, y cada eslabón recuperaba su posición inicial en la cadena. Un

muestrario multicolor de carrocerías, motores y conductores de toda índole le rebasaban o se quedaban atrás a ambos lados de su vehículo a un ritmo cansino. Adrian observó la escena con el interés que provoca la inacción. El estridente *escarabajo* amarillo de las dos inglesas solía estar a su izquierda, luego se adelantaba unos metros, muchos, quizás treinta o cuarenta coches, y luego volvía a su lado. Enfrente, un Xsara abollado y con manchas de pintura llevaba las ventanas bajadas y mostraba a través de ellas a un viejo codo agrietado de campo. A su derecha, un BMW X3 pretendía cambiar de carril sin éxito, intentando adelantar a una fila sin fin que le devolvía hacia atrás como una pelota lanzada contra la corriente de un río.

Pronto empezó a haber vida más allá de los dos carriles. En el arcén era cada vez más frecuente encontrar coches parados con familias refrescándose o buscando información cercana móvil en mano. La radio ponía en común las nuevas noticias y anesthesiaba preocupaciones e incertidumbres. La alarma inicial se fue convirtiendo en normalidad una vez que la masa social de conductores racionalizó que unas cuantas horas de retenciones eran inevitables. También lo inesperado es excitante y, de alguna manera, lo extraordinario alumbraba las vetas grisáceas que inundan la mayoría de las vidas, aunque fuera debido al mayor atasco ocurrido en el sur de España en las últimas décadas.

«¡Qué más da!», pensó Adrian, mientras activaba por tercera vez el limpiaparabrisas, en un gesto compulsivo por quitar el escaso polvo que se acumulaba sobre su superficie. Disfrutaba de su coche como un astronauta divisando en silencio el impracticable espacio exterior. En aquella burbuja de bienestar en medio del desolador paraje, la lujosa carrocería hacía de frontera con el hostil entorno, manteniendo a distancia lo sucio, lo vulgar, lo incómodo, lo mediocre, lo masivo. El resto.

Tras extinguirse la voz de Jill, el quebranto contundente del piano había acristalado de nuevo el aire e invitaba al silencio más sosegado como contrapunto ideal.

—Me gusta esta música, es realmente preciosa... —comentó Laura, en un intento de romper el incómodo silencio.

—Sí. Es más que una obra maestra, es como una terapia.

Tiene un efecto curioso cuando la escuchas, ¿sabes?, varía dependiendo de la persona. A mí consigue trasladarme a otros lugares.

—¿A otros lugares? —Laura se sintió desconcertada por la cercanía de su, hasta ahora, distante compañero de viaje.

—A momentos del pasado...

Adrian tuvo la súbita sensación de que estaba abriendo su puerta interior al interlocutor inadecuado y desvió su discurso a términos más prosaicos.

—Fue compuesta por Bach para un conde; un conde insomne. Se puede decir que nació para hacer dormir. Según cuenta la historia, el conde Von Keyserlingk le pidió a Bach una composición que inspirara su sueño. Cada noche, el joven Goldberg, un discípulo suyo, tocaba la pieza tras un diván, virtuosa y suavemente, hasta que el conde caía rendido.

—Bonita historia. Entiendo al conde. Es una música tan relajante...

«¿Relajante? ¿Ha dicho relajante? Relajante es mirar una chimenea». Adrian la miró con ternura piadosa. Observó en su ventanilla el reflejo del rostro de la joven, del que afloraba una risita divertida, y no pudo evitar que en su semblante también se contagiara una fenomenal sonrisa.

Laura se había incorporado hacía ya tres años a Boreal Life. Por aquel entonces, Adrian tenía por costumbre mantener una breve charla con los candidatos como etapa final del proceso de selección. Confiaba plenamente en las agencias de búsqueda y en su equipo de *recruitment*, o eso quería creer. Su pequeña manía rara vez producía vetos a las contrataciones. Nunca le gustó deslegitimar arbitrariamente el trabajo de su equipo, pero sí le permitía empaparse de primera mano del perfil y del potencial del futuro empleado. Les preguntaba sobre sus ilusiones, sobre el porqué de las decisiones tomadas en el pasado, sobre sus valores... Por último se despedía de ellos y lanzaba despreocupado una pregunta afirmativa: «Bueno, gracias por tu tiempo. Me imagino que ya te lo habrán preguntado si has llegado a estas alturas del proceso. Entiendo que tu inglés es fluido y que no tienes problemas

en interpretar una cuenta de resultados. Además, debo dar por descontado que tienes nociones de *Little Misty*... ¿es así?». El comentario provocaba una respuesta automática: «Sí..., sí, desde luego... así es. Solo quiero aprovechar esta oportunidad para reiterarle mi ilusión por formar parte de este gran proyecto...».

La verdad es que se sentía tremendamente orgulloso de lo cualificado que era su equipo. Aburrían con la infinidad de másteres, doubles licenciaturas, idiomas, cursos de especialización directiva y experiencia de alto nivel que les adornaba. Pero lo que más le llamaba la atención era contar con un impresionante grupo de profesionales que aseguraba dominar el *Little Misty*.

Adrian todavía hoy recordaba la tristeza de *Little Misty*, su pequeño cachorro bóxer americano que tan grata compañía le hizo durante su año senior en Four Peaks High School, Ohio, cuando *Big Misty*, su madre, murió atropellada por un coche.

Le enterneció sobremanera la trascendencia de la trágica historia canina de su pequeño bóxer en su clase ejecutiva.

En realidad nunca descartó candidatos por esto. Los LME (*Little Misty Experts*) son también necesarios en las organizaciones; de hecho, son la gran mayoría. «No vamos a dejar que una tontería sin importancia me separe del objetivo. Ya me informaré sobre ese *software* nuevo o lo que sea. Dejemos que las apariencias tapen las inseguridades».

Durante los últimos cuatro años, más de cincuenta personas se habían incorporado a la firma. Solamente diez preguntaron sin tapujos qué infiernos era aquello del *Little Misty*, afirmando que era la primera vez en su vida que llegaba a sus oídos semejante palabra. Las contadas veces que ocurrió, la sala de reuniones anexa a su despacho, donde entrevistaba a los candidatos, se iluminó de una blanca luz virginal y todo se inundó de una inocente frescura que le hizo sonreír por dentro. Laura, hacía tres años, vestida con un mediocre polo rosa Benetton adquirido para la ocasión, fue una de ellas. Una chica de mirada dulce, recordó.

Las variaciones Goldberg iniciaron el movimiento 17, donde alcanza su máxima cercanía a lo divino.

Hacía un rato ya largo que no aparecían las inglesitas a su izquierda. En su lugar, la fea estampa de un Renault Laguna negro se mantenía como su más constante compañía. La lamentable combinación de marca, modelo y color le hizo augurar lo peor antes de arrastrar su mirada a sus pasajeros.

Sus peores sospechas se confirmaron cuando observó a los mandos de aquel aparato conceptualmente mezquino a un individuo flacucho, a la deriva entre los cincuenta y muchos, que portaba sin rubor una camisa de manga corta de tonos color carne, corte de patilla por encima de la oreja y barba de tres días. No quedaba ahí la cosa. El cuello de la camisa tenía botones que fijaban una corbata de color gris, más claro que oscuro, quizá algo tornasolado, recta de talle, que colgaba bien pasada la frontera del cinturón. El pleno de aciertos le cortocircuitó y tuvo que devolver su mirada hacia el frente unos segundos. Tenía que descansar. Pero el morbo le podía y giró la cabeza hacia aquel hombre. Imaginó unos zapatos de punta cuadrada acharolados, con escobillas. Imaginó pulse-ritas de plata adornando tobillos y muñecas. «Sí, merecía ese final». Sonrió.

El hombre fumaba sin parar, y le devolvió la mirada. Quizá molesto. Adrian le miraba, pero no le veía. No podía dejar de darle vueltas. «Si con la camisa de manga corta ya tenías suficiente». Se preguntó con quién habría hablado los últimos cincuenta años, en qué espejos se habría mirado, con qué referencias había llenado su cielo privado, con qué criterios se habían tallado sus anhelos. Mantuvo la mirada fija en los ojos de aquel hombre. «Sí, mírame, eso es lo que me pregunto; por eso te observo con lástima, con desprecio. Pero mírame bien. Porque se trata de un desprecio constructivo, sincero». El hombre observó sus ojos y esquivó su mirada como si leyese sus pensamientos; Adrian cerró los suyos. «Pienso si soy una mala persona. En ocasiones me lo pregunto. No deseo herir a nadie. No le deseo nada malo. Simplemente le miro y le desprecio. No creo ser mala persona por eso».

Le apeteció fumar, aunque solo hacía diez horas que había decidido dejarlo.

La desagradable melodía del móvil anunció la entrada a través del manos libres de la llamada de Helena, su novia. La boda estaba prevista para dentro de cuatro meses. Mañana mismo.

Laura recordó la voz de aquella mujer y su estúpida pose altiva cuando venía a recoger a Adrian a la oficina, antes del concierto de los jueves, y no evitó esbozar una espontánea mueca de desagrado. El perfil de hembra entregada y dependiente estaba muy lejos de su ideal de mujer, y Helena parecía el arquetipo perfecto.

Helena transpiraba devoción por su prometido. En lo más alto del pedestal del santuario de sus dioses, protegido por los más bellos ornamentos y los más ostentosos arreglos florales, se hallaba Adrian Seaten. En él se reunían en un solo trazo todos los anhelos y necesidades de una chica bien, de tradicional y lustrosa familia y con vocación de tener su propia progenie. Adrian procedía de una familia norteamericana con recursos, era listo y cumplía con creces los requerimientos de carisma y éxito exigibles por ella y su futura familia política. Desde que formalizaron la fecha del enlace y anunciaron el compromiso, Helena creyó rozar la felicidad verdadera.

Laura permaneció pensativa, contemplando el paisaje a través de la ventanilla del coche. Su vida transcurría a años luz de esa boba chica bien y de su distante y engreído jefe.

—Adrian, amor... ¿Cómo estás?

—Bien, Helena... perdido en las tuberías del averno...

Laura escuchaba la conversación con divertida incomodidad; de hecho, pensó para sus adentros que no se había visto en otra parecida. Helena desmenuzó con cirugía descriptiva una infinidad de posibilidades de decoración de centros de mesa, y desarrolló sin rubor alguno densas explicaciones de impensables variantes de protocolo de entrada en el templo.

Adrian adivinaba de soslayo, no sin cierto apuro, la media

sonrisa que adornaba el rostro de su acompañante quien, con discreción, no apartaba su mirada de la ventanilla.

Al fin, media hora más tarde, consiguió diluir la insufrible conversación con su prometida a un honroso final. Suspiró y separó de nuevo su camisa de la espalda quemada. Laura hablaba por el móvil con la que parecía ser su hermana. No había podido evitar cierto sentimiento de claustrofobia tras escuchar la conversación sobre la futura boda de Adrian y Helena. Sus expectativas personales no contemplaban ese tipo de acuerdos a largo plazo. Ni siquiera tenía en perspectiva relación alguna, y las que había tenido apenas duraban una semana, su máximo umbral de aguante al aburrimiento. El perfil habitual que se solía interesar por ella eran tipos de la calle, que conocía en los bares y restaurantes del barrio, de conversación limitada y escasas ambiciones. Había concluido que la densidad de patanes por metro cuadrado debía ser objeto de un estudio científico. Pero nada le importaba menos; no necesitaba ahora a un tipo a su lado.

Los primeros tintes oscuros en el cielo adivinaban la llegada de la noche y decoraban el paisaje de sombras, lentamente, al ritmo que marcaba el descenso del sol al ser absorbido por el horizonte. La marcha de carnaval no había aumentado la velocidad siquiera una brizna, y Adrian no tenía precisamente en mente pasar toda la noche atrapado en la carretera.

«Ni en sueños».

Apagó el motor tras diez minutos sin avanzar un mísero metro y cambió del CD a la radio para buscar alguna noticia alentadora. Los acordes de «Here Comes the Sun» sustitúan a las anheladas noticias en una estación de radio fórmula. Decidió escucharla un rato antes de sintonizar algún informativo local. Nunca entendió por qué George Harrison no compuso más. Era un genio. Seguramente no le dejaron. A fin de cuentas era un Beatle menor. La primera vez que escuchó aquella canción no le dijo nada. Ahora, en cambio, le inyectaba optimismo. Recordó que Harrison también compuso «Something», seguramente atiborrado de ácido hasta las cejas, porque esa canción no se escribe sin ayuda de Dios

o de la droga adecuada. Un oasis de divinidad que brota de una larga mediocridad. Se puede ser un genio durante un segundo y luego dejar de serlo para siempre.

Las rozaduras de la espalda le estaban matando. «El sol de Fuerteventura atiza como un látigo. Allí solo hay playas y sol. No hay nada más. ¿A quién se le ocurre? La isla tranquila. ¡Y tanto! No vuelvo a ir».

CAPÍTULO II

París (Francia)

Sábado, 31 de julio de 2010

No era la primera vez que tenía que interrumpir sus vacaciones por algún asunto urgente, pero no por ello el enfado era de menor intensidad. Denis Martel ocupó su plaza de ventanilla en preferente del Airbus 321 con destino a Atenas y entregó de mala gana la chaqueta de su traje de lino a la azafata, que le deseó buen día con una sonrisa forzada.

Cierto que tantas responsabilidades tenían también sus contrapartidas, pero no podía dejar de pensar en el rostro amargo de Olivia en la terminal del Charles de Gaulle. Sintió que últimamente era tremendamente certero a la hora de decepcionar a los demás. Llevaban meses planeando sus vacaciones: esos diez días iban a ser solo para ellos dos, para pasarlos en compañía de Cecile, su pequeña.

Tampoco Alana, su ex mujer, se derritió de alegría al conocer su sorpresiva misión. Toda una eternidad desperdiciada lamiéndose las heridas y, por fin, tras uno de esos predestinados reencuentros casuales después de muchos años de olvido, acababa de rehacer su vida junto a un antiguo compañero de universidad. Alana volvía a ser feliz. Cecile era lo más importante en su vida desde que se separó de Denis, pero unos días de viaje a solas con su incipiente amor eran muy necesarios — por no decir vitales para su relación —, y era consciente de que con la niña no sería lo mismo.

El pasaje estaba compuesto en su mayoría por parejas y familias con hijos. Ocupaban sus asientos con alboroto, reflejando en sus ojos la felicidad ante el inminente comienzo de las vacaciones. Denis los observó desfilar hacia los asientos de clase turista. En realidad no eran más que un fondo de figurantes. Sus pensamientos únicamente los dedicaba a su joven novia.

La paciencia de Olivia estaba seguramente al borde del agotamiento. Parecía evidente que a los treinta años había cosas más interesantes que hacer que entregar su tiempo y su amor a un viejo sabueso de la Interpol, de vuelta de fracasos y placeres y el espíritu cascado de nicotina y alcohol. Una chica como ella tendría mejores alternativas, sin duda, y él no hacía más que méritos para darles lustre. Arqueó las cejas con resignación y observó a los operarios de Air France finalizar sus tareas de mantenimiento y carga del aparato a través de la ventanilla.

—*Sir... Something to drink?*

Durante la primera hora de vuelo se sumió en un profundo estado de somnolencia, descargó el cansancio acumulado y diluyó su ansiedad con el efecto relajante de una ginebra con soda.

Los bruscos movimientos del avión, manipulado como un juguete por las caprichosas turbulencias, le devolvieron súbitamente a la consciencia.

Se frotó el rostro con las manos y giró la cabeza para verse reflejado en la ventanilla. La imagen no era nítida, aunque sí lo suficiente para observar su cráneo desierto y unas prominentes ojeras. Se encontraba exhausto. Acumulaba cuatro vuelos en dos días y su cuerpo ya no estaba para esos trotes. Maldijo el paso del tiempo y solicitó a la azafata un imprescindible café solo.

Antes de abrir el maletín, se cercioró de que sus compañeros de fila le concedían la intimidad adecuada. Tics de perro viejo. Al otro lado del asiento vacío de cortesía, un hombre grueso con bigote agarraba con fuerza los reposabrazos mientras su frente rezumaba sudor. Denis sonrió. Luego pensó que

no había nada divertido en las turbulencias y se dispuso a leer la documentación que le habían remitido desde el departamento.

La llegada a Atenas estaba prevista para las 18.45 hora local. Desde la terminal se trasladaría directamente al puerto del Pireo, donde Jorgos, su contacto de la Oficina Central Nacional de la Interpol en Grecia, le proporcionaría un billete para el *ferry* superrápido a Naxos. Según el plan inicial, la estancia en la isla sería de tres o cuatro días, aunque dependía del desarrollo de las investigaciones.

Comprobó minuciosamente que toda la documentación estuviese en regla. Sin ella era difícil obtener la colaboración incondicional de las autoridades del país, que revisarían cada papel con el máximo rigor, como de costumbre, con la clara intención de encontrar algún defecto de forma que pudiera devolver legítimamente al forastero a casa. A los aguerridos policías locales nunca les gustaba tener un intruso autorizado para meter el hocico en sus asuntos, pero para un oficial de la Secretaría General de Organización de la Interpol, saber tratarlos con habilidad y diplomacia constituía una parte esencial de sus funciones.

Suspiró con resignación. Tras su incorporación seis años atrás a la sede central de la mayor organización policial internacional del mundo, pensó que había dado carpetazo a su caótica carrera en la Policía de París. Lyon era sin duda una magnífica ciudad para vivir, y el cuartel general de la Interpol, un lugar tranquilo y estable para emprender la dulce marcha hacia su retiro en algún recóndito cobijo que se asemejase a la paz interior.

Cuando se oficializó su traslado festejó con deleite su nueva etapa de burocracia, tedio y papeleo ya que, en contra de la creencia popular, la Interpol no estaba bajo el control de ninguna autoridad estatal ni tampoco disponía de competencias ejecutivas. Los órganos operativos en cada país estaban formados por sus propias fuerzas policiales para la actividad en su territorio, de conformidad con sus leyes nacionales.

Los analistas y agentes de información criminal de la Secretaría General, con sede en Lyon, eran expertos en múlti-

ples campos de la criminología, pero solo se limitaban a coordinar la lucha contra el crimen internacional aprovechando su perspectiva privilegiada y su visión global. Analizaban pautas de comportamiento criminal y tendencias delictivas a escala mundial, pero rara vez pisaban la trinchera. Aquello era pura y bendita intendencia.

Denis Martel había dejado atrás sus días de gloria y por nada del mundo volvería a ellos. Tras el desastroso desenlace del caso Le Bon y los dos años posteriores de retiro forzoso, la posibilidad de reinventarse en la Organización colmó todas sus expectativas.

En un principio se integró en la Unidad de Inteligencia Criminal, donde monitorizaba bases de datos de más de doscientos cincuenta mil criminales, analizaba trazabilidades, conexiones de sucesos e identificación de patrones y *modus operandi*. Su experiencia en la investigación de conducta psicocriminal y en crimen organizado le llevaron, muy a su pesar, a la Unidad de Crimen Organizado y Terrorismo. Desde entonces había multiplicado por tres sus viajes de inspección y pasaba la mayor parte del tiempo lejos de casa.

Un sonido agudo apagó las luces de uso obligatorio de los cinturones y anunció que la zona de turbulencias había llegado a su fin.

Denis volvió al presente y comenzó a ojear el dossier.

El asunto parecía de especial relevancia, no solo por los hechos —a fin de cuentas, los crímenes de sangre están a la orden del día—, sino por su catalogación como *rojo*.

Un viejo oficial serbio había sido encontrado ahorcado en la habitación de su hotel. La hipótesis de suicidio, bastante común en soldados retirados con participación directa en conflictos de guerra, se desvanecía como un azucarillo en el agua por la brutal amputación de brazos y pies que había sufrido la víctima.

Examinó las fotografías que adjuntaba el dossier.

A primera vista parecía una desmembración *pre mortem*: los bordes de los cortes estaban endurecidos y separados por la retracción de la dermis. «El pobre desgraciado no ha disfrutado precisamente unas últimas horas divertidas», pensó.

Desde luego, no se trataba de una disección quirúrgica; posiblemente un hacha sin afilar era lo más agudo que podía haber causado semejantes desgarros.

El torso presentaba también cortes profundos.

«Se lo han pasado bien».

El cadáver había sido identificado como Vinko Miletic. El perfil que reflejaba su ficha era bastante escueto: nacido en Belgrado hacía sesenta y seis años. No se le conocían familiares vivos. Miletic había participado con sus tropas en el asedio de Srebrenica en julio de 1995.

Intuyó que no sería difícil encontrarle enemigos.

Miró a través de la ventanilla.

El sol del mediodía se desparramaba sobre el fuselaje del aparato. A menor altura quedaba una interminable gruesa capa de nubes, como un lecho de algodón, que reflejaba con fuerza los potentes rayos solares, los proyectaba hacia arriba e impedía que alcanzasen la tierra. Denis imaginó los pueblos, las calles y los bosques tiznados de gris bajo aquel manto nuboso; esos días grises que oscurecen el alma de las gentes...

Respiró hondo. Con toda seguridad no tenía toda la información, al menos de momento. El caso era *rojo* y, por ello, la información accesible, limitada. La Interpol, desde su constitución, y dado su carácter neutral, excluía de su ámbito de actuación cualquier crimen que no afectase a varios de sus países miembros, y se desentendía igualmente de aquellos de naturaleza religiosa, militar o política. En consecuencia, todo asunto que, por la razón que fuese, colisionaba con el principio fundacional, se codificaba como *rojo*.

No era la primera vez que manejaba casos restringidos, y daba por hecho que la información le iba a llegar con cuentagotas.

Cerró los ojos y volvió a impregnarse del recuerdo de Olivia, que le acompañó hasta que el Airbus aterrizó en la capital griega, varias horas después.

El encuentro con Jorgos fue fugaz; entrega de billetes, y traslado al puerto del Pireo. Acordaron encontrarse de nuevo a su vuelta, en tres o cuatro días.

Tras cincuenta minutos de humos y atasco por el centro de Atenas, sintió una grata sensación de alivio cuando tuvo ante sus ojos las aguas del Egeo. Una ligera brisa acarició su cara. El mar era una inmensa bañera azul, tan solo corrompida por los inmensos surcos que generaban las potentes hélices del *ferry*.

Los viajeros ocupaban casi la totalidad de los asientos interiores del primer y segundo puente, como una gran masa multicolor, enchufados al chorro reparador que expulsaban las numerosas salidas de aire acondicionado. Los niños corrían alborotados por escaleras y pasillos mientras los padres dormitaban, descansando de la larga espera y las tediosas colas del puerto del Pireo.

Denis prefirió contemplar el paisaje desde popa, en la zona no cubierta, donde se agolpaban entre los coches grupos de fumadores y otros pasajeros que admiraban el impresionante espectáculo de la luz del atardecer reflejada en el mar.

Cuando el *ferry* arribó a Mykonos, descendió una gran parte del pasaje. La mayoría de los viajeros se dirigía a aquella isla o a Santorini, la última escala del trayecto.

El desagradable ruido de los motores de los vehículos que abandonaban el transbordador por las rampas de popa le sacó de su estado contemplativo. Comprobó que la proximidad a tierra había devuelto el móvil también a la vida, y le avisaba con un sonido desagradable que tenía mensajes nuevos en el buzón de voz.

«Hola, soy yo; imagino que todavía estarás de camino. Mañana salgo hacia Saint-Tropez. Voy a pasar unos días con Marcel y Marion. Cuídate. Besos».

El timbre de voz del siguiente mensaje contrastó con brusquedad con el dulce tono de Olivia.

«Denis, soy Al. Llámame en cuanto puedas, estaré disponible *full time*».

Devolvió, sin éxito, la llamada a Olivia. Instantes después marcó la línea segura de Al Coburn.

—Al, soy yo, Denis. Dime.

—¿Has llegado ya al destino?

—No, aún queda una escala, llegaré aproximadamente... no sé, creo que en una hora. Espero que...

—Vamos, Denis, no tengo demasiado tiempo. ¿Has recibido toda la documentación?

—Sí, me han entregado todo...

—Me pondré en contacto contigo mañana.

—Hasta mañana entonces.

La comunicación se cortó.

—Mierda —Denis colgó el móvil y blasfemó hasta el desahogo.

Supuso que Al Coburn no tenía demasiadas ganas de hablar de vacaciones truncadas ni de rayos en el cielo.

El *ferry* reinició su singladura hacia su escala en Naxos.

Denis encendió un cigarro y observó cómo la isla de Mykonos empequeñecía en la distancia. Ya era noche cerrada cuando los potentes motores del barco enfilaron hacia el puerto de destino. El taxi que le esperaba en Chora le llevó directamente al hotel. Apenas si abrió su equipaje, cayó en la cama y se quedó profundamente dormido.

A dos mil trescientos kilómetros de allí, el día había amanecido barnizado de un calor singular. Desde primera hora una atmósfera tórrida impregnaba las calles de Lyon, a las que se adhería la humedad que difuminaba la convivencia fluvial del Ródano y el Saona. Las previsiones del fulgurante aumento de las temperaturas en la región de Rhône-Alpes habían acertado de lleno y la *Cité Internationale*, área donde se ubicaba la sede central de la Interpol, absorbía el impacto de las fuertes radiaciones en sus modernas edificaciones con total crudeza.

El aire acondicionado había vuelto a fallar y el ventilador se divertía haciendo volar los papeles de la mesa de Al Coburn.

—Estamos en ello, ¿no?

Coburn se giró y levantó la vista hacia su acompañante.

—Estamos en ello.